

## SUMARIO

**Necesidad de la creación de tropas de montaña.**—La batalla de Nan-Chan, por Fernando Ruiz y Feduchi, capitán de artillería.—El problema fundamental, por el capitán Subrió Escápula.—Ataque de posiciones atrincheradas, por V. Shelytcheff.—Artillería pesada de campaña en Austria.—Bibliografía.

### BIBLIOTECA

Pliegos 33 y 34 de **El tiro colectivo**, por A. Collon, comandante de Artillería belga.

Pliego 1.<sup>o</sup> de **Geografía é Historia de Menorca**, por D. Lorenzo Lafuente Vanrell, primer teniente de Infantería.

Pliego 4 de **Memoria sobre el Curso especial de tiro de infantería**, por D. Enrique Crespo Cordone, primer teniente de infantería.

---

### NECESIDAD DE LA CREACIÓN DE TROPAS DE MONTAÑA

En ningún país son ciertamente tan necesarias las tropas de montaña como en el nuestro. Nuestras fronteras terrestres se encuentran casi exclusivamente en comarcas montañosas, y abundan tanto los terrenos de esta clase en el interior del país, que aun suponiendo invadido nuestro territorio y forzadas las fronteras, las tropas de montaña seguirían prestando excelentes servicios en esta segunda fase de la guerra, sin perjuicio de que, si así conviniera, se las emplease como las demás.

La historia militar enseña que la frontera terrestre más amenazada es la del Norte. Los Pirineos forman una cordillera tan abrupta y difícil que á traves de ellos las líneas de invasión, muy poco numerosas, se presentan con caracteres definidos y están perfectamente determinadas en un recorrido de muchos kilómetros. Las grandes operaciones militares en las regiones fronterizas quedan de este modo reducidas á términos muy sencillos, y es relativamente fácil, sin necesidad de desparramar y fraccionar excesivamente nuestras tropas, oponer una sólida y obstinada resistencia en las entradas principales, en las únicas de que puede valerse un ejército para efectuar una invasión propiamente dicha.

Pero paralelamente á estos pasos y caminos principales, existen otros muchos, que los flanquean y envuelven, propios solamente para operaciones en pequeña escala ó practicables para columnas ligeras y cuerpos avezados á maniobrar en las montañas. Todos esos caminos irradian ó cuando menos conducen y desembocan más ó menos directamente en

los principales; y como por regla general su trazado es dominante, y está oculta su situación y su desarrollo es menor que el de los caminos principales, resulta que un ejército que disponga de excelentes tropas de montaña podrá estorbar el paso á gruesas columnas enemigas que se muevan por las vías de primer orden, amenazará los flancos y la retaguardia del adversario, le obligará á destacar tropas en todas direcciones, y, á poco que le ayude la fortuna y si el mando es inteligente, conseguirá anular los esfuerzos dirigidos en el sentido de la verdadera línea de invasión.

No es menester haber recorrido detenidamente los Pirineos para saber que existen numerosas posiciones que, ocupadas por un simple batallón, constituirán obstáculos punto menos que infranqueables y contra los que se estrellará el empuje de una brigada ó acaso de una división. Cierto es que para llegar á tales posiciones á despecho de la vigilancia del enemigo es menester ejecutar largos recorridos por terrenos frágosos y ásperos y tener gran costumbre de marchar á través de aquellas elevadas regiones montañosas, hasta haber adquirido la facilidad de orientación y la ojeada militar, tan diferentes en el llano y en la sierra; pero estas dificultades se aminoran y desaparecen en gran parte con la costumbre y un ejercicio continuados, pudiéndose lograr por estos medios que sea asequible á algunos cuerpos lo que está prácticamente vedado para la generalidad de las tropas.

De Noviembre á Abril, cuando los hielos y las nieves cubren los montes y los puertos, puede decirse que únicamente tropas especiales y muy adiestradas podrán operar en los Pirineos, siendo cabalmente esta época cuando más se pondrá de relieve la superioridad de verdaderas tropas de montaña sobre otras numéricamente más fuertes.

Por mucho que se prodiguen, las tropas de montaña ni podrán anular los Pirineos ni serán capaces de ejecutar por sí mismas una verdadera y temible invasión; pero contribuirán al éxito de la masa principal; y atenearán, molestarán y acosarán al enemigo, inmovilizándolo, llevando la alarma á todos lados y obligándole á apartarse de su objetivo principal.

La necesidad de las tropas de montaña fué reconocida por Italia hace muchos años, pues las creó para la región alpina en 1872; Francia organizó las suyas, también para los Alpes, en 1888; y Austria ha seguido después las mismas huellas, creando en 1906 las tropas alpinas que recientemente han sido motivo de una completa y más definitiva organización. La tardanza de Austria, que durante muchos años no imitó á Italia en este particular, débese á la triple alianza que descartaba toda posibilidad de discordia entre ambas naciones; pero sucesos recientes todavía y el nuevo giro de la política italiana, que trajo como consecuencia el refuerzo lento é insensible de las guarniciones del NE., han inducido

á los austriacos á no demorar más una medida cuya necesidad reconocían todos.

Quizás se arguya contra la creación de tropas de montaña en nuestro ejército, que Francia carece de ellas en los Pirineos, por tener todos sus batallones alpinos en la frontera italiana; pero fácil es persuadirse del poco valor de este argumento. En primer lugar, siendo mayor que el nuestro el poderío militar italiano, Francia ha de abrigar más recelos por su frontera del SE. que por la del S., y mucho más si se tienen en cuenta las estrechas relaciones que mantiene Italia con los imperios de la Europa central; por otra parte, los batallones alpinos franceses no conocen, es verdad, la región de los Pirineos, pero se moverían en ellos con tanta ó más facilidad que en los Alpes, bastándoles algunos expertos guías para desempeñar cumplidamente su misión especial, y, sobre todo, hay que considerar que en sus dos extremos los Alpes están divididos casi en proporciones iguales entre Francia é Italia y entre Austria é Italia, mientras que la región montañosa de los Pirineos pertenece casi exclusivamente á España, pues á partir de la divisoria fronteriza y salvo en contadísimos puntos la cordillera se desvanece rápidamente hacia el N., dando lugar hacia el S. á inacabables contrafuertes que se multiplican y extienden en todos los sentidos; de donde resulta que los franceses apenas podrían mantener en constante y útil ejercicio en ellos tres ó cuatro batallones de montaña, y aún así tendrían que diseminarlos en una vastísima extensión, lo cual no deja de ser un poderoso motivo contra la organización de estas tropas.

Esta dificultad no la encontraríamos nosotros, pues la estructura del terreno permite la organización de las tropas de montaña dentro y con sujeción á pautas análogas á las de la organización general del ejército, tal como lo ha hecho Austria. Este Imperio, en efecto, procura que no solo los batallones alpinos, sino las compañías de cada uno, gozen de la mayor autonomía, dotándolas de elementos para que se basten á sí mismas y asignando á cada una una zona determinada, pero, ateniéndose á las cuencas hidrográficas y á las comunicaciones naturales y artificiales, agrupa los batallones en unidades superiores, capaces de emprender operaciones importantes y constituir en caso de guerra la cabeza y la red de exploración del ejército invasor.

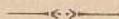
Este doble carácter de las tropas de montaña parece muy acertado, siempre que se mantenga el prudente equilibrio entre los dos cometidos, pues así como el exceso de autonomía de las pequeñas unidades podría empequeñecer la misión principal de estas tropas, la tendencia á constituir con ellas brigadas orgánicas para todo, les haría perder el carácter que les ha de distinguir en todo tiempo y anularía las ventajas de estas tropas, contingencia peor aún que la primera.

Para que las tropas de montaña respondan á su misión se han de

acantonar en todo tiempo en el centro de sus demarcaciones respectivas, y entregarse, tanto en invierno como en verano, lo mismo en buen tiempo que en el malo, á constantes prácticas, marchas y reconocimientos. Conviene huir de la tendencia á que los oficiales levanten planos, bosquejos y escriban memorias: su misión es otra, más activa, sin perjuicio de que los cuarteles generales de las brigadas realicen los trabajos de aquella naturaleza que se estimen convenientes.

Esas tropas requieren un reclutamiento especial, un uniforme adecuado, efectivos muy superiores á los normales, mayores sueldos, y otra porción de requisitos que exigen un estudio muy detallado de las tropas análogas de los otros ejércitos y de las necesidades privativas de nuestra nación; labor que incumbe al Estado Mayor Central, bastando á nuestro propósito indicar esos puntos é insistir en la necesidad de organizar dichas fuerzas, abordando de lleno y en todas sus partes el problema, pues solo así se alcanzará que la experiencia ponga de manifiesto qué puntos conviene mejorar ó reformar.

Por lo demás, no basta organizar debidamente unos cuantos batallones de montaña: menester es también crear unidades de caballería y artillería y secciones de ametralladoras é ingenieros y sanidad, con todo lo cual se formará un núcleo de protección que constituirá una de las más firmes garantías de seguridad de nuestro territorio y prestará inmejorables servicios en caso de guerra, primero en las fronteras terrestres y luego en las abundantes regiones montañosas del interior. Ha de tenerse, sin embargo, la previsión de no hacer muy numerosas tales fuerzas, pues sobre no ser necesarias muchas unidades, la multiplicación de las mismas conduciría á la corta ó á la larga á desnaturalizar su misión y apartarlas de su peculiar cometido.



## LA BATALLA DE NAN-CHAN

### *Deducciones de la guerra ruso-japonesa*

De todas las batallas, de todos los hechos de armas de la guerra ruso-japonesa, acaso ninguno interese más estudiar á España, que la batalla de Nan-chan ó de Kin-chu y ninguno, sin duda, ha sido menos estudiado, tanto porque en los comienzos de la campaña aun no habían ido nuestros agregados militares, como porque, en general, se ha dado poca importancia á esta batalla, quizá porque la magnitud de las demás de aquella campaña hizo aparecer pequeña á ésta.

El valor de este hecho de armas, fué, sin embargo, incalculable para los rusos.

Se ventilaban en ella importantes cuestiones: primero, la idea de que el ejército ruso no podía ser vencido y menos por una nación nueva

como el Japón: segundo, el desembarco del II ejército japonés, destinado á operar contra Puerto-Arturo: tercero, la inteligencia ó desavenencia entre los generales rusos de mar y tierra, y, como resumen de todo, la posesión de Puerto-Arturo, causa principalísima de la guerra.

Y cuanto se ventilaba, se perdió el 26 de Mayo.

El ejército ruso fué vencido, á pesar de su heroísmo y de haber sido la única batalla bien dirigida de toda la campaña, y con la derrota se perdió la leyenda, faltó la confianza en Rusia y aumentó en el Japón: desembarcaron, dónde y cómo les convino el II ejército japonés y luego el III: se hizo público y visible, que desde la muerte del almirante Markaroff, la marina rusa no tenía remedio y entre ella y el ejército había una falta de unión, una disparidad, que todos los esfuerzos del general Kondratenko, en sus conferencias con el almirante Vitgeft, no pudieron vencer: éste se creía y se hizo independiente: el ejército no podía ya contar con la marina: faltó aquella unión que tan necesaria era en circunstancias como aquellas y en toda la campaña: quedó Puerto-Arturo abandonado á sí mismo y por tanto virtualmente perdido, como á la larga, y á pesar del derroche continuo de valor y de sangre, sucedió.

Véase pues, si tuvo valor esta pequeña batalla, que fué el primer mal paso de los rusos.

Y si para ellos tuvo esa importancia, para España es de capitalísimo interés su estudio, porque es nuestro probable retrato en el porvenir: lo que nos pasará en la primera campaña á que vayamos ó á que las circunstancias nos lleven.

Iremos como los rusos, confiados en nuestra leyenda—que no ha bastado á borrar el pasado desastre, porque, no sin razón, decimos que éste fué debido á la política y no al ejército:—Llevaremos generales tan entendidos, previsores, serenos y valientes como Stessel y Fok: reuniremos, como ellos, al pie de una división (poco más de 11.000 hombres tenían los rusos en Nan-chan), que mandará un teniente general: elegiremos, como ellos, en una posición forzada el lugar menos malo: nos batiremos, como ellos, con tesón, con el valor que sea necesario: haremos pagar cara nuestra derrota, pero, como ellos también, no estaremos preparados, nos faltarán elementos de combate, tendremos que llevar al terreno, para reforzar nuestras pocas baterías modernas de campaña, otras de material antiguo y otras, también antiguas, que suplan á las de obuses y posición, que nos faltan: nos encontraremos, como ellos,—si se trata de evitar un desembarco—con que la marina, no por desavenencias, que aquí por fortuna no existen, aunque pueden aparecer el día de una lucha, sino porque no tiene con qué, no nos podría ayudar: no tendremos reservas suficientes para evitar y rechazar un último empuje...

Dígase sinceramente, si las condiciones nuestras no son hoy iguales

á las de los rusos en Nan-chan y sino es para nosotros importantísimo el estudio de esta batalla, no bajo el punto de vista táctico, pues en ella nada nuevo se vió en cuestión táctica, sino bajo el de organización y preparación de la guerra.

¿Qué haríamos nosotros, si tuviéramos que oponernos al desembarco de un ejército, en las rías bajas de Galicia, en Gijón, Santander, Bilbao, San Sebastián, Barcelona, Cadiz...? Lo mismo que los rusos en Nan-chan, y á cualquier general que tuviese que oponerse á ese desembarco y á todos los jefes y oficiales que mandasen las tropas de la defensa, se les vendría inmediatamente á la memoria el nombre Nan-chan y con él, los de las posiciones del monte Sampson, de Kin-chu, de la bahía Hand, de Chim-kiatum, de Choi-tse-ho y tantos otros que, si en las denominaciones son diversos, en la situación topográfica son análogas á las de nuestros puertos.

Es más, como los rusos sufriríamos menos pérdidas de las que haríamos sufrir al enemigo: como ellos, tendríamos momentos en los que casi habríamos vencido: como á ellos, se nos haría la justicia de reconocer que no se podía ni debía hacer nada más—pues no era conveniente desgarnecer á Puerto-Arturo, ni empeñar todo en una primera acción—¡todo igual! Pero igual también el resultado próximo y el lejano: el primer descalabro aniquila la fuerza moral, quita la confianza á la propia tropa y á la nación entera y prepara casi siempre—salvo especialísimas circunstancias—á la derrota final.

Inútil juzgo—y más que inútil temerario, pues no es mi pobre pluma apta para ello—la descripción de esta batalla, pero no inútil el recomendar á todos, altos y bajos, generales, jefes y oficiales, su estudio detallado, porque en él encontrarán muchas y muy buenas enseñanzas. Quizás se aprende más viendo lo malo que lo bueno, lo pequeño que lo grande, y en esta guerra ruso-japonesa, más que en otra alguna, lo grandioso de otras batallas, en las que ya influía el gran factor moral de la grave situación de Rusia, más que la parte realmente militar, ha producido en todos un desvanecimiento, una irremediable atracción, que ha dirigido el estudio hacia ellas, que ya solo podrán enseñar detalles, descuidando estas otras que parecían detalles y que, sin embargo, enseñaban conjuntos.

España no es probable que llegue á sostener, después de larga campaña, batallas como la de Mukden, pero es casi seguro que tendrá que hallarse en casos análogos al de Nan-chan, que además es el principio de una campaña.

Estudíemos pues el principio pequeño y procuremos evitar el llegar al desastre grande.

FERNANDO RUIZ Y FEDUCHI  
Capitán de Artillería

## EL PROBLEMA FUNDAMENTAL

Con motivo de la reducción á dos años del tiempo de servicio en filas, algunos periódicos militares franceses lamentan que la guarnición de París monte guardias y piquetes en ciertos edificios, lo que constituye un estorbo para la marcha regular y normal de la instrucción de las tropas, instrucción que debe ser más intensiva cuanto menor sea la duración de aquel servicio. El principal ó único argumento que se aduce consiste en recordar que las guardias, piquetes y otras funciones análogas del tiempo de paz, no solamente no favorecen la instrucción, sino que la retrasan y trastornan.

Si tratamos de aplicar este razonamiento á lo que acontece entre nosotros, surge desde luego como primer punto á examinar el de aquilatar la amplitud que debe darse á la voz instrucción. Si ésta se limita á unas cuantas semanas dedicadas á los reclutas, no hay duda que el tiempo de servicio activo puede reducirse á seis semanas, porque una vez dados de alta los nuevos soldados, es muy poco lo que practican en materia de servicios de guerra, dedicándose casi exclusivamente á lo que se llama servicio de guarnición, servicio que en realidad no debiera existir, puesto que el ejército se ha creado para la guerra y no para guarnecer plazas abiertas, aparte de algún punto fuerte. Sin embargo, en ninguna nación se considera que se ha cumplido el fin principal de la instrucción cuando ha terminado la de los reclutas; esta última no es más que la preparación preliminar é indispensable para recibir la definitiva, la que exige una atención constante y una labor no interrumpida y tenaz durante dieciocho ó veinte meses.

En Alemania, Francia, etc., no se reputa al soldado como verdaderamente digno de ostentar este nombre sino muy poco tiempo antes de ser licenciado; y cuenta que las horas del día están tan aprovechadas que el paseo diario, considerado como asueto normal y casi obligado, no se conoce.

En España los cuerpos activos no tienen existencia real más que durante las épocas de instrucción de los reclutas. Estos son objeto de la solicitud y preocupación del mando, se subordina todo á su instrucción y ésta resulta siempre satisfactoria, dentro de los límites que corresponden al recluta. Pero apenas los individuos del último contingente son dados de alta—y á veces aún antes de que tal cosa acaezca,—los cuerpos se *funden*, voz expresiva y única para definir lo que sobreviene. Con el licenciamiento, los cuerpos quedan por debajo de su efectivo normal, los nuevos soldados cubren los destinos vacantes, comienzan á entrar y salir de guardia, se truncan y suspenden y desorganizan las instrucciones, y á partir de aquel momento el soldado se convierte en un funcionario que solo de vez en cuando y por excepción es llamado á recordar

lo que aprendió. De donde se infiere que para nosotros la voz instrucción tiene *á fortiori* un alcance mucho más limitado que en otros ejércitos. No puede desconocerse que la verdadera instrucción debería empezar cuando aquí termina.

Y sucede un año tras otro año que la oficialidad, henchida de entusiasmo durante tres ó cuatro meses, ve perdidas de golpe sus ilusiones y esterilizados sus afanes cuando encuentra desiertos los dormitorios y reducidas las compañías á meras listas de nombres.

¿Tiene remedio tal estado de cosas? Uno muy sencillo y al mismo tiempo muy difícil: nutrir los contingentes. Con eso solo, todo lo demás vendría después y por la fuerza irresistible de las cosas. Pero como tampoco nuestro material de guerra es abundante ¿de dónde sacar los recursos para convertir los cuadros en cuerpos y llenar los parques? Menester es antes plantear con toda desnudez un problema fundamental.

La organización del ejército, no tal como resulta de las leyes, sino tal como aparece en el «Anuario Militar» ¿constituye un conjunto armónico y obedece á un principio fijo, á una orientación determinada? La respuesta no es dudosa. A despecho de lo legislado, la organización actual es un complicado mecanismo resultante de las consecuencias de las guerras habidas en los últimos treinta y cinco años, y el fruto de imprevisiones y medidas poco atinadas, que aunque de fecha algo remota y dictadas bajo el apremio de circunstancias graves, pesan y pesarán todavía mucho tiempo sobre el ejército. De aquí un mal gravísimo: las funciones no están en armonía con los empleos de quienes las ejercen, hasta el punto de que muchos destinos que podrían y deberían ser cubiertos por subalternos están desempeñados por jefes. Con eso se empequeñecen las jerarquías, se las deprime y desnaturaliza, y una gran parte de la oficialidad se ve colocada prácticamente en puestos inferiores á los que le corresponde.

Cuando, en la guerra ruso-japonesa, el ejército del general Oku derrotó á la columna Chtakelberg en Va-fang-ku, y fué designado Yn-ku como base principal de abastecimiento, todos los servicios administrativos—de cuya importancia puede juzgarse si decimos que había de atenderse á un ejército de 150.000 hombres—fueron puestos bajo el mando de un simple comandante, que tenía á sus órdenes cinco oficiales y cerca de 4.000 coolies chinos y porteadores japoneses. Este hecho elocuente dice más que lo que pudiéramos exponer en un tomo en folio.

Si queremos tener un ejército á la moderna hay que empezar por poner á cada cual en el puesto que le corresponde; solo entonces podremos hablar de instrucción, y solo entonces será posible aquilatar las aptitudes individuales y empujar á los primeros puestos á los más idóneos. Sobra cabeza, y por consiguiente el cuerpo está anémico, raquítico y desmedrado. Y como sobra cabeza, resulta que en los empleos inferiores

no se presenta ocasión de demostrar iniciativa, se ejercitan con exceso las facultades pasivas, y se atrofian las activas, debilitadas además por los años cuando se llega á los mandos más importantes. Si no hemos de obstinarnos en permanecer ajenos y sordos á lo que á voz en grito nos dice la historia militar y se practica en otros ejércitos, hay que decidirse de una vez á reorganizar radical, profundamente nuestro ejército. Huir de esas organizaciones de pie forzado en las que no se pierde de vista que hay tantos millares de capitanes y tantos centenares de comandantes; prescindir por completo del personal; reducir las plantillas á lo que racionalmente resulte de la organización inspirada en nuestras necesidades defensivas y en nuestra política internacional; abrir las escalas de reserva, reduciendo los sueldos a todos los que no presten servicio, y mejorar las pagas de la oficialidad activa; disminuir las pensiones de retiro, excepto cuando la baja sea por edad ó por enfermedad, y aumentar las de viudedad y horfandad; poner en vigor el reglamento de la orden de San Hermenegildo; declarar la incompatibilidad entre el servicio activo y cualesquiera otro linaje de ocupaciones. En una palabra: abolir sin distingos el régimen de igualdad; pagar muy bien á la oficialidad del ejército activo, regular á la que sirve en destinos que no requieren las energías, ni el tiempo ni los gastos que aquél; conceder una simple subvención á los demás; y, sobre todo y antes que todo, fijar unas plantillas verdad, otorgando facilidades y dispensas por una sola vez á los que deseen retirarse ó cubrir destinos de la reserva, con objeto de aligerar las escalas y que no resulten castigados los que permanezcan en activo.

Todo lo que no sea esto será prolongar más el mal, atenuarlo cuando más, pero no remediarlo. Y conste que, contra lo que opinan muchos, no creemos que la panacea se encuentre en el cierre de las Academias militares; hay que buscar siempre savia nueva, que es la que vigoriza el árbol, y abrir derivaciones á la que, por cualquier motivo, no sirve para nutrirlo y desarrollarlo. Este lenguaje es crudo, pero es verdadero, y por triste que resulte no lo es tanto como la realidad. De no hacer lo que decimos, lo mejor es no enfrascarnos en grandes innovaciones, y limitarnos á pulir y perfeccionar los detalles.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA.

## ATAQUE DE POSICIONES ATRINCHERADAS

Y ALGUNAS INDICACIONES SOBRE LOS COMBATES DE NOCHE SEGÚN LAS  
INSTRUCCIONES OFICIALES JAPONESAS DICTADAS DURANTE LA  
GUERRA DE 1904-1905

(Conclusión)

*Algunas indicaciones para el combate formuladas por el Estado Mayor  
del primer ejército japonés. (Octubre de 1904)*

*Ataques de noche.*—Cuando se emprende un ataque de noche, la fracción que marcha en cabeza sufre considerables pérdidas por el fuego enemigo al coronar la posición, si ésta se encuentra situada en lo alto de una colina. El atacante debe ocultarse, detenerse en los ángulos muertos que presente la ladera, reorganizarse y proseguir después el avance. El enemigo romperá el fuego. Entonces hay que hacer alto de nuevo, y solamente después de repetir esta maniobra tres ó cuatro veces, ejecutar el asalto á la bayoneta. Por estos medios se conseguirá que el fuego enemigo resulte casi ineficaz, y podrá atacarse la posición enemiga y ocuparla.

Los rusos suelen tender delante del frente de sus posiciones cuerdas de las que suspenden campanillas, las cuales suenan en cuanto se toca á las primeras, avisándoles nuestra aproximación. Esto aconseja enviar patrullas avanzadas, las cuales, al tropezar con las cuerdas ligarán éstas con otras que se puedan manejar desde lejos, con objeto de despertar con anticipación la alarma en el campo adversario y conseguir que el ataque se realice en mejores condiciones.

Durante la noche, los rusos suelen enviar á vanguardia pequeños destacamentos; rara vez designan gruesas fuerzas para ejecutar ataques nocturnos. Nuestras tropas permanecerán tranquilas y sin moverse, esperando en posiciones atrincheradas ó en otros lugares designados de antemano, y al acercarse el enemigo romperán un vigoroso fuego, repeliendo con facilidad su acometida.

*Principio del ataque de la infantería.*—Hasta ahora se ha admitido como principio incontrovertible que el ataque de la infantería no podía comenzar sino después de haberlo preparado convenientemente con su fuego la artillería. Si en la actual campaña nos empeñamos en obedecer ciegamente este principio, los ataques de infantería no darán apenas resultados, porque la artillería enemiga se sitúa en atrincheramientos robustos y que protegen bien, ó se oculta en parajes perfectamente cubiertos, pueblos ú otros lugares dependientes de la posición. Pretender reducirla al silencio ó proponerse inflingirle grandes pérdidas, no conduciría sino á consumir enormes cantidades de municiones, y el duelo de artillería se prolongará largo tiempo. Si se rompe el fuego de artillería á

primera hora de la mañana, solo se pueden haber obtenido algunos resultados después del mediodía; iniciando entonces el ataque de la infantería, no tardará la obscuridad de la noche á obligar á interrumpirlo, con lo cual los efectos del fuego de artillería habrán resultado casi nulos y se habrá gastado en vano una masa colosal de proyectiles. Por estas razones, es necesario emprender el avance de la infantería inmediatamente después de romper el fuego la artillería, y proseguirlo sin interrupción.

*Fuego de la artillería rusa.*—La granada que emplea la artillería rusa es imperfecta y el shrapnel poco eficaz. El efecto que producen los fragmentos del shrapnel se asemeja á un fuerte golpe, porque la envuelta metálica es delgada, se rompe pronto y por consiguiente los cascós y balines salen con poca velocidad. Es menester decir esto á nuestros soldados.

Al principio, los rusos rompen el fuego por descargas. Disparan no solamente contra los puestos descubiertos ó visibles, sino también contra los sitios ocultos, infligiendo bajas en las fuerzas de segunda línea. De aquí que convenga situar las reservas en localidades protegidas, lo mismo que las tropas de segunda línea, para evitarles en lo posible las pérdidas producidas por el fuego.

*Métodos de combate de los rusos.*—Puede afirmarse que el enemigo carece de toda tendencia ofensiva, porque aunque algunas veces avanza, procura siempre rodearse de fortificaciones, ocupa inmediatamente los atrincheramientos y no sale ya de ellos.

Cuando el enemigo emprende la retirada, no se repliega inmediatamente á posiciones determinadas de antemano, sino que se detiene cada 400-500 metros, y retrocede de nuevo. De este modo, sus retiradas son lentas, pero siempre quedan sujetas á los buenos principios militares.

No hay que temer la caballería enemiga.

ALGUNAS INDICACIONES PARA EL COMBATE, FORMULADAS POR EL ESTADO  
MAYOR DE LA 5.<sup>a</sup> DIVISIÓN.

(Circuladas probablemente en el otoño de 1904)

*Métodos de ataque de la infantería.*—Es indudable que son difíciles los ataques de día contra posiciones fortificadas muy bien guarnecidas y armadas. No obstante, no será siempre posible prescindir de tales ataques; y se dará el caso general de que sea necesario arriesgarse á tal maniobra. Conviene pues resolver el problema de manera que los ataques de día se ejecuten con probabilidades de éxito. De ordinario, habrá que tener presentes las indicaciones que siguen:

Los tiradores, en líneas sutiles, avanzarán á la carrera, y, á medida que se vayan acercando al enemigo, se detendrán, se atrincherarán y

romperán el fuego. La línea más avanzada, reforzada desde atrás durante el movimiento, avanzará también á la carrera, deteniéndose y atrincherándose así mismo. El avance se ejecutará, por consiguiente, de un modo parecido al que se efectúa por un sistema de paralelas.

Las fracciones que marchen más atrás extenderán su frente y adoptarán formaciones poco densas, para disminuir las pérdidas.

Se pueden aprovechar con ventaja los lugares cubiertos, pero no reunir masas importantes detrás de pequeñas alturas, porque la artillería enemiga cañonea con frecuencia tales parajes, así como los objetivos poco visibles.

*Abastecimiento de municiones.*—La necesidad de economizar las municiones es tan sabida, que es inútil demostrarla aquí. Solamente se expone una consideración: el combate ha de prepararse de tal modo durante la noche y comenzar á desarrollarse hasta tal punto, que durante el día solo sea menester recoger los frutos del éxito. Durante la persecución el fuego ha de continuar siendo eficaz; en este período el fuego ha de alcanzar su máximo efecto, sin reparar en el consumo de municiones, con objeto de obligar al enemigo á ocultarse en sus posiciones. En la retirada el enemigo rara vez emprende un contra-ataque, por lo que si se dispone entonces de abundantes municiones es fácil derrotarle. Pueden economizarse los cartuchos durante el ataque, pero en la persecución las municiones se han de consumir en grandes cantidades.

*Modo de diferenciar al enemigo de nosotros.*—En la actualidad, el equipo y el material de rusos y japoneses son casi iguales, siendo fácil confundir al amigo con el adversario, en particular si el observador está situado detrás de la artillería del ataque. Cuando el tiempo está cubierto y en ciertas épocas del año en que la observación es difícil, resulta imposible distinguir al enemigo del amigo. Con este objeto han de tomarse precauciones especiales. Hasta ahora, la experiencia enseña que lo más práctico es arbolar la bandera japonesa, para que puedan distinguirse á distancia nuestras tropas.

*Operaciones de noche.*—Las indicaciones necesarias se encuentran en el Reglamento de campaña, que explica los medios de que hay que valerse para llegar fácilmente á los puntos indicados, ó para dirigir las columnas dentro del radio de acción. Ha de observarse, sin embargo, que las indicaciones de carácter general suelen conducir á la confusión.

*Transmisión de órdenes y de noticias.*—Es sumamente importante que las órdenes y noticias transmitidas en todo el frente de batalla sean de todo punto claras, para evitar explicaciones complementarias. Ello obliga á tomar las medidas adecuadas. La experiencia dice que el mejor sistema consiste en establecer puestos volantes á pie, enlazados entre sí, y á la distancia de 100 metros uno de otro. Tales puntos se situarán en

trincheras abrigos, perfectamente dispuestas para transmitir avisos y órdenes de un punto á otro.

6.—Los jefes y comandantes subalternos que se encuentren en la línea de batalla no deben dejar de enviar noticias de su situación, informando á cada momento á los comandantes superiores del estado general y marcha del combate, para que éstos puedan adoptar las medidas que demande la situación. Aunque esta prevención es perfectamente clara, suele olvidarse en el combate, por lo que se impone concederle atención preferente.

V. SHELTYCHEFF

(Traducido del *Inshenernyi Shurnal*, por J. A., Teniente Coronel de Ingenieros).

\*  
\*\*

Después de lo mucho que se ha ponderado la previsión, la sabiduría y la inteligencia de los generales japoneses, la primera impresión que causa el escrito que precede es de desencanto, porque, en realidad, pocas ó ninguna novedad se encuentran en él; todo se había ya dicho antes, todo estaba recomendado, y el ingenio de los escritores militares había llegado antes de la guerra mucho más allá que los generales japoneses durante ella. No obstante, el alcance de las «Indicaciones» transcritas es mucho mayor que el de un brevísimo resumen de las teorías modernas; es imposible admitir que el Estado Mayor japonés desconocía, al romperse las hostilidades, los principios de la guerra actual y las teorías alemanas y francesas, porque desde el primer momento aplicó unos y otras con suma discreción y acierto, en el concepto táctico.

Si bien se reflexiona, se ha disertado tanto, y al parecer con fundamento, sobre los métodos de guerra, que hay una verdadera balumba de recomendaciones, principios, máximas, etc., de ineludible aplicación y de éxito seguro, si se ha de creer á los autores. Recordarlas todas y sujetarse á ellas en el campo de batalla es, no solamente imposible, sino perjudicial, porque quedaría anulado el juicio propio, sofocado el criterio y apagada la iniciativa. ¿Cuáles principios son los útiles y necesarios siempre, y cuáles los superfluos y circunstanciales? La respuesta, tratándose del ataque á posiciones atrincheradas, se encuentra en las instrucciones del Estado Mayor japonés. En plena guerra, aleccionados por la experiencia, bajo la acción, á menudo, del plomo enemigo, los japoneses pudieron discernir los principios mejores, y se limitaron á recomendarlos, dejando á un lado todo lo demás. Teniendo esto en cuenta, las «Indicaciones» resultan interesantísimas, sorprendiendo que junto á ideas fundamentales, aparezcan otras que se creía tenían una importancia y un valor relativo muy escasos.

Pero la mejor enseñanza que se deduce es de otro orden: el respeto absoluto á la iniciativa; ese respeto resplandece en todas las líneas de

las «Instrucciones», y se ha llevado á tal extremo, que aún dentro de un mismo ejército se ha dejado á los comandantes de división en libertad completa para empeñar sus unidades en el combate del modo que mejor les pareciera.

Principio peligroso es este de la iniciativa, no hay que dudarlo. Cuando se ejerce sin base, sin poseer los conocimientos necesarios, y reconoce como único impulso el valor ó el capricho, se trunca la unidad de acción, la batalla se desarrolla de un modo descosido y se llega fatalmente á la derrota; pero si todos los comandantes, cualquiera que sea su jerarquía, conocen sus deberes y están acostumbrados al mando, la iniciativa nunca es demasiada, y conviene llevarla á su último límite, porque con suma frecuencia la oportunidad de una determinación de la que podrá depender el éxito, escapará al general. A la iniciativa de los comandantes de cuerpo de ejército, división y brigada, debieron los alemanes no pocas de sus victorias sobre los franceses; y esa misma iniciativa dió el triunfo á los generales japoneses sobre los generales rusos, quienes estaban cohibidos por el genio dominante y absorbente de Kuropatkin. Menester es ejercitar mucho en el campo, durante la paz, la iniciativa, pero no puede desconocerse que también es hija del estudio y de la instrucción; del feliz consorcio de éstas y de la práctica se obtiene el verdadero hombre de guerra.

Finalmente, es de notar la reiterada advertencia de que han de cooperar y obrar siempre de concierto la infantería y la artillería. Esto no se aprende de palabra; es menester acostumbrarse en los campos de instrucción, y persuadirse de que la acción de una sola arma nunca es eficaz, ni lo es la de las tres si no se inspiran todas ellas en una misma y única idea, y no se acomoda cada una al beneficio y conveniencias de las demás.

Iniciativa y solidaridad: hé aquí los dos grandes principios alemanes, aplicados después por los japoneses.

J. A.

## ARTILLERIA PESADA DE CAMPAÑA EN AUSTRIA

Según leemos en la *Revue militaire des Armées étrangères*, hay en Austria-Hungria cinco «cuadros para divisiones móviles de obuses de campaña». Cada uno comprende: 5 oficiales, 6 clases, 53 hombres, 5 caballos de silla y 18 de tiro. La transformación de los cuadros en divisiones debe hacerse gradualmente en tiempo de paz. En tiempo de guerra, cada división cuenta con 1.100 hombres, 800 caballos, 12 obuses y 160 carruajes. Su velocidad de marcha es de 4 kilómetros por hora. En marcha y en el combate la división se fracciona en cuatro grupos: a las ba-

terías; *b* los segundos escalones de carruajes de las baterías; *c* el parque de municiones; *d* el tren. Con las baterías van 480 disparos, otros tantos en los segundos escalones y 1.440 en el parque de municiones, ó sea en total 2.400 tiros.

La prensa militar austriaca aboga por el empleo de automóviles para el transporte de las municiones y una parte del personal, lo que á la larga resultaría más económico y daría más movilidad á la artillería pesada de campaña. Además, en tiempo de paz los trenes automóviles servirían para efectuar los transportes en las guarniciones, servicio que hoy pesa sobre las unidades que poseen ganado de tiro.

---

←→

---

## BIBLIOGRAFÍA

---

*Cronistoria del naviglio nazionale de guerra* (1860-1906), di prof. Antonio Gallizioli, Capo tecnico nella R. Marina—Roma 1907—614 páginas (25 × 18), con numerosísimos fotograbados en el texto.

La obra, cuyo título encabeza estas líneas, del profesor Gallizioli, tiene un alcance elevadísimo y eminentemente patriótico. Cuando los espíritus valgares, y aun algunas inteligencias cultivadas, alzan la voz contra los gastos, que llaman inútiles, improductivos y onerosos, de Guerra y Marina ¿qué mejor que poner de manifiesto, y en forma asequible á todos, la extraordinaria utilidad é inevitable necesidad de aquéllos?

Esta es la labor que, en lo que atañe á la marina italiana, ha realizado con notabilísimo acierto el profesor Gallizioli. En la obra aparece una breve descripción de todos los barcos que, desde 1860 á 1906, han figurado en las listas de la Armada italiana, desde el acorazado de combate á la más humilde unidad auxiliar, y los servicios y cometidos prestados por cada uno. Los barcos están por orden alfabético, y aparecen sus fotografías, así como las de los detalles más interesantes, monumentos, sucesos, planos, etc., que tienen relación con la marina.

Contra lo que quizás pudiera creerse, el libro es de lectura altamente agradable, amén de provechosa. Puede decirse que contiene toda la historia internacional de Italia, y una parte de la nacional, en los últimos cuarenta y cinco años. Sin pormenores enojosos y dando de lado á lo secundario, aparecen de gran relieve los eminentes servicios prestados, tanto en paz como en guerra, por la Armada italiana, y que tanto han contribuido á llevar aquel reino desde la obscuridad y la insignificancia al rango de potencia de primer orden. ¡Con cuánto orgullo y justificada satisfacción leerán esta obra los buenos patriotas italianos! Y ¡cuán necesarios son los libros de esta indole en España!

La obra está soberbiamente presentada, con verdadero lujo, no desmereciendo su forma de la bondad del fondo, constituyendo un trabajo irreprochable y que no podemos menos de mirar con noble envidia.

Se trata en suma de un libro notabilísimo, digno de todo linaje de loas y de figurar en las bibliotecas de los oficiales de marina, y aún de los de tierra, y de un modo especial en las de los hombres que están llamados á intervenir en la organización de la Marina.

Felicitemos sinceramente al ilustre profesor Gallizioli, por haber dado cima, con singular perfección, á una obra que reputamos ejemplar y casi única en la literatura moderna.

*Altes und Neues der Kriegstechnik*, von Otfried Layriz, Oberstleutnant z. D.—Berlin, 1908—VIII—194 páginas (21 × 14) con 25 figuras y láminas en el texto.

El teniente coronel alemán Herr Layriz expone en su última obra los progresos técnicos introducidos en la guerra moderna, enlazándolos y tomando como punto de partida los métodos y elementos antiguos que pueden ser mirados como precursores de los actuales. Merced á este sistema de exposición, no solamente puede el lector darse cuenta de los recientes adelantos, sino que le es fácil apreciar el desarrollo de las ciencias militares aplicadas y comprender la influencia que la técnica ejerce sobre los métodos de guerra.

La obra comprende nueve capítulos, cuyos títulos son: Relaciones entre el ejército y la técnica; La técnica de la guerra hasta la introducción del fusil de aguja en Prusia; La técnica de la guerra desde mediados del siglo XIX hasta la introducción de la pólvora sin humo; El desarrollo del cañón sin retroceso, provisto de escudos; Algunas cuestiones de armamento, Recursos técnicos especiales para conseguir el aumento de efectos tanto en el combate próximo como en el lejano, y para disminuir las bajas; Aprovechamiento de la técnica en beneficio de la potencia general del ejército; Empleo de la técnica para obrar por sorpresa en la guerra; ¿Qué influencia puede tener la extensión del empleo de los recursos técnicos sobre la moral de un ejército?

Por este índice puede juzgarse la importancia de la obra. En ella se encuentra la sumaria descripción de todos los nuevos elementos técnicos, cualquiera que haya sido su país de origen, figurando algunos que no han sido dado á conocer todavía por la prensa militar. El libro, más que para los especialistas, está escrito para el militar en general, si bien se encuentran en aquél los pormenores más esenciales é interesantes de los modernos elementos técnicos. El empleo acertado y oportuno de los mismos en campaña requiere ¿cómo no? el conocimiento de sus características, propiedades, fin y ventajas, tanto por parte del mando como por la de los llamados á manejarlos, por lo cual conceptuamos la obra del teniente coronel Layriz de grande utilidad, y aún necesaria para todos aquellos que se ven privados por sus atenciones de seguir al día el incesante progreso de la técnica militar.

El libro se recomienda además por su estilo preciso y sobrio y por hallarse documentado con ejemplos sacados de las últimas guerras. Lo recomendamos en todos conceptos á nuestros lectores, y agradecemos á Herrn Layriz la atención que ha tenido de enviarnos un libro digno de figurar en la biblioteca de todos los oficiales.